



## AL SR. A. Z., AUTOR DE UN LIBRO

**N**o sé como empezar, señor mío, y hasta vacilo al tomar ahora la pluma en la mano sobre si esto no debería ser más bien que un escrito dirigido al público, una carta particular y privada á usted. Pero sucede que los que vivimos de la pluma acabamos por perder la clara noción de lo que debe separar á un escrito público de uno privado, y propendemos, por otra parte, á creer que todos ó casi todos los que leen escriben también. El literato casi nunca escribe sino para literatos. Obra como si se imaginara que al público en general pueden importarle ahora las cosas del oficio.

Por lo que á mí hace, señor mío, suelo poner cierto empeño en interesar en mis escritos á todo género de personas y dirigirme á todas ellas, dentro siempre de sus conocimientos y mis facultades. Y como entre mis lectores ha de haber muchos escritores, creo habrá de serme permitido el dirigirme alguna vez á ellos en especial.

Y después de este preámbulo, bastante vulgar, y no sé si ocioso, aquí me tiene usted una

vez más sin saber bien cómo empezar esto. Lo mejor será entrar desde luego en el corazón del asunto que me propongo tratar.

Figúrese usted un niño que pone todo su conato, todo su esfuerzo, en mover un carro. Echado el cuerpo, pone en tensión sus músculos todos, está á punto de reventar del esfuerzo y no logra mover el carro. Y llega luego un hombre forzado y sencillamente, sin esforzarse apenas, con la mayor naturalidad y tal vez casi como jugando, mueve el artefacto. El niño puede estimar infantilmente, pero con toda sinceridad, que esto es una especie de injusticia del destino. ¿Por qué aquel hombre ha de poder hacer casi sin esfuerzo alguno lo que él no consigue con su empeño y empuje todo?

Este razonamiento sólo puede ocurrírsele á un niño, dirá usted sin duda, señor mío. Pero todos tenemos, tal vez gracias á Dios, algo de niños. Fíjese si no en que muchos discurren de una manera análoga.

Usted habrá oído, de seguro, á compañeros en letras quejarse más de una vez de las injusticias de la fama y del éxito y de la torpeza de públicos y de críticos; les habrá oído lamentarse del desvío de que son víctimas, del olvido en que se les tiene, cuando obtienen aplausos tantos otros que jamás pusieron tanto empeño como ellos en su labor.

Una de las cosas más difíciles, tal vez la más difícil, es la de verse desde fuera, la de poder ser crítico de sí mismo.

Usted, señor mío, ha escrito y publicado un libro y usted sabe mejor que nadie las angustias, los anhelos, los esfuerzos, los entusiasmos que le ha costado y todo lo que de sí mismo ha querido usted poner en él y acaso lo ha puesto. Pero lo que usted ya no sabe es el efecto que eso puede causar en nosotros, sus lectores, y si todo ello no nos puede parecer insignificante, ó siquiera no más que discreto.

En general debe hacerse poco caso de los que se nos presentan como incomprendidos ó inactuales, los más de los cuales suelen acabar por caer en la monomanía persecutoria. Créense víctimas de la conspiración del silencio.

Y esta enfermedad, tan común entre escritores y literatos en todas partes, he podido observar que alcanza una mayor extensión é intensidad en esa América española. ¿A qué puede deberse esto?

En primer lugar abundan ahí los que van para Icaros, y esto no me parece mal. Abundan ahí los que desde el principio tratan de asombrarnos con una cosa estupenda, recónditamente exquisita, rara, extraordinaria, con cierta afectación de genialidad, en fin. Y esto es una herencia del espíritu español; es lo que con frase ma-

ravillosamente adecuada y casi intraducible llamó Carducci «i contorcimenti dell'affannosa grandiosità spagnola», las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. A los españoles, y por lo tanto á los hispano-americanos, y aun á éstos más que á nosotros, se nos conoce el esfuerzo cada vez que pretendemos hacer algo grande, algo con qué espantar al mundo como dijo el portugués.

Usted tiene, señor mío, ahí, cerca de sí, en su derredor, no pocos de esos Icaros que vuelan con las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. Unas veces se dice: «ahora váis á ver lo que es un hombre escribiendo el más castizo castellano clásico, con dejo de siglo XVII» y traza páginas que alguna vez llegan, en efecto, á maravilloso dechado y casi calco, pero siempre entre contorsiones de afán; otras veces quiere meter la ciencia — pero la ciencia especializada, la ciencia técnica, no la ciencia hecha filosofía — en el arte de la versificación, y escribe versos mechados de términos técnicos científicos; otra vez se propone innovar en la rima y tenemos otras contorsiones. Y todo esto con un ingenio de positivo valor, de indudable grande inteligencia, con un ingenio que á las veces, cuando menos se esfuerza, cuando se deja llevar de sí, acierta. Porque sería una injusticia negar talento, y grande talento, á Lugones. Pero su esponta-

neidad se ahoga en las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. Grandiosidad que se disfraza alguna vez de rebusca de sencillez, hasta de estudiado prosaismo.

Usted se ha criado además, señor mío, según me tiene dicho, en una apartada y remota ciudad de provincia, donde en un ambiente meteórico tropical se desarrolla un ambiente de espíritu tropical también. Usted se ha criado en un ambiente de adulación y de hipérbole.

Si usted viniese por acá le enseñaría una colección de revistas de jóvenes — de esas revistas que pasan como nube de verano de pequeñas ciudades de esas repúblicas tropicales ó subtropicales. Hay que leer los elogios que se dirigen los unos á los otros y las dedicatorias de las poesías que mutuamente se dedican esos jóvenes. Casi todos son «maestros», delicados orfebres, caballeros del ideal, exquisitos cinceladores de la rima; éste domina el matiz; aquél la emoción rara, el otro el misterio. Y casi todos son ó nietzschenianos ó anarquistas, ó turriebur-nistas, ó aristos, ó inactuales; casi todos son incomprendidos. Y casi todos odian al vulgo profano, al filisteo, al burgués. Alguno hay á quien le da por el pueblo y se declara arrogantemente plebeyo, tal vez socialista, «gueux», desarrapado, pero esto es una nueva postura, un snobismo más.

Todo esto, es natural, sucede en todas partes y no puede menos de suceder; pero créamelo usted, en pocas partes, si es que en alguna, con tanta intensidad y en tal extensión como en esas ciudades tropicales y subtropicales.

Después de leer dos ó tres libros de esos en que se sacan las cosas de quicio por afanosa grandiosidad ó por afectación de exquisitismo, vuelve uno con deleite á alguno de aquellos candorosos libros escritos hace treinta ó cuarenta años, cuando privaba cierta modesta razonabilidad burguesa. Podrán pecar de ñoños, de poco intensos, pero al fin son discretos. Y no pocas veces suelen ser delicados. Y sobre todo cuando se tiene fiebre, sabe á gloria un vaso de agua pura, cristalina y fresca. A reserva de que luego, después de haber remitido la fiebre, se prefiera al vaso de agua un vaso de buen vino generoso. (Yo no: prefiero siempre el agua).

Una tarde me puse á leerle á un amigo poesías de las más desquiciadas y abracadabranteras que pude encontrar entre las muchas del género que se producen en Sud-América.

Le hice oír todo un rosario de rimas super-exquisitas, trepidantes, anarquizantes, perversizantes, versallescas, disolventes, etc., etc. Y cuando tenía ya mi amigo sus nervios de punta, cojí un tomo de poesías de Rafael Obligado y empecé á leerle aquellas cosas apacibles, discre-

tas, sosegadas, caseras, en que á ratos se percibe como un eco de Vicente Wenceslao Querol, uno de los poetas españoles de la generación pasada de quien más gusto. Mi amigo respiró y yo con él. Parecía que salíamos de una pavorosa caverna, húmeda y fría, á un verde vallecito, tibio por los rayos de un sol naciente.

Sí, es verdad, á Obligado, como á nuestro Querol, como á otros de análoga contextura espiritual, podrá faltarles grandeza y poderosa originalidad; caen alguna vez en desmayo de prosaísmo, pero son siempre leales y sinceros y nunca emprenden sino aquello que pueden llevar á cabo. No es la poesía de semejantes poetas poesía de las más excelsas y penetrantes, pero es algo dulce y grato, tierno y reconfortante, es algo que nos recrea y refresca el ánimo en horas de tedio.

En cada época hay una moda literaria dominante, una escuela, y sucede que aquéllos que la siguen y cultivan se creen más originales que aquéllos otros atenidos á antiguas modas ó escuelas. En realidad no son si no más «modernos», en el sentido etimológico de esta palabra, es decir, más de moda. El secuaz del modernismo hace unos pocos años despreciaba á los poetas de tercera ó cuarta fila de hace treinta ó cuarenta años, á los que entonces siguieron la moda de su tiempo, y él á su vez empieza á ser

olvidado ya. Dentro de pocos años todas esas cómodas audacias, ya de factura, ya de contenido, todas esas supuestas exquisiteces de orfebre ó todas esas fáciles arrogancias de sobrehombre contrahecho parecerán tan ridículas y vanas como nos parecen las posturas de los secuaces del romanticismo de hace setenta años, cuando estos secuaces carecieron de verdadera personalidad.

Podrá decirme, señor mío, que todo esto que le estoy exponiendo es ya de clavo pasado y consideraciones de una evidente vulgaridad. No se lo niego, pero observo que lo que distingue á sus congéneres y afines de usted es precisamente el olvidarse de estas nociones más obvias y corrientes, es, en una palabra, la obliteración del buen sentido. Y cabe conservar buen sentido, esto es, sentido crítico, hasta en las mayores audacias de pensamiento y de forma.

Víctor Hugo fué un poeta de poderosísima imaginación y de un portentoso poder de metáfora. Su pensamiento, ó lo que podríamos llamar, abusando de la palabra, su filosofía era bastante vulgar; cuando quiere meterse en honduras rara vez logra sino ensartar los más molidos lugares comunes del progresismo nuevo. Lo cual no quita nada á su grandeza como poeta y visionario. Pero á cambio de un pensamiento hondo y penetrante no le faltaba de ordinario una cierta buena dosis de buen sentido burgués.

Cuando desvariaba, lo hacía muy á menudo á sabiendas, por producir escándalo, «pour épater le bourgeois». Y las obras así producidas no es posible que perduren.

Traigo este recuerdo de Víctor Hugo á propósito de haber visto representar el otro día uno de sus dramas más descabellados «El rey se divierte», de donde se sacó la ópera «Rigoletto». Al escribir este drama parece que Víctor Hugo se dejó á un lado el buen sentido, y así resulta que hoy, cuando no es sino un recuerdo histórico la fiebre romántica, el tal drama nos hace reír más bien que llorar, ó nos produce un sentimiento de repulsión. Aquella escena final en que Triboulet insulta al que se imagina cadáver del rey Francisco I dentro de un saco y es el cadáver de la propia hija del bufón, es una escena para unos puramente repugnante y para otros puramente ridícula. El público todo que asistió á la representación de que hablo salió de ella disgustado. Y ese drama fué en su tiempo un éxito y esa escena produjo un efecto enorme. Así es como pasan los desvaríos y osadías de moda cuando el buen sentido no los enfrena. (1)

Pero el buen sentido, señor mío, ya se lo tengo indicado, se anega en un ambiente de hipérbole y de adulación, porque el buen sentido es ante todo, se lo repito, sentido crítico, y nada está más reñido con este sentido que la hipérbo-

*11. Es una insurrección contra el progreso,  
no es, es una pluma de napalm. Me  
falta de un artículo del periódico y lo he  
13-10-11-12*

le. En esas revistas á que más arriba me refería no se descubre por parte alguna sentido crítico; la noción de la medida, de la perspectiva, de la proporción, parece que no existe en los que las redactan.

Usted, por ejemplo, ha hecho un libro y seguro estoy de que por haberlo escrito, le pondrán en los cuernos de la luna y otros le arrastrarán á los pies de los cochinos: unos—los del cotarro y la cofradía—le proclamarán á usted genio y otros—los del otro cotarro—le diputarán por loco é imbécil. Y usted, señor mío, ni es genio ni es imbécil, y en su libro muestra á ratos buen sentido y á ratos una absoluta falta de él. Es la obra de usted, como tantas otras—sobre todo de las que por ahí se escriben—una extraña mezcla de vislumbres felices, de retórica nueva y de puerilidades. Me produjo el efecto de algo incompleto, inacabado, abortado tal vez. ¿En qué consiste esto?

Ahí, en su tierra misma, tiene usted un poeta—no el que nombré antes—que es un curioso caso de esos individuos anómalos é incompletos. En poesías llenas de chabacanadas, de prosaísmos horribles, de frases arrastradas y de muletillas que no responden sino á la necesidad de colocar un consonante, se encuentra uno de pronto con arranques viriles, con apóstrofes robustos, con sentencias llenas de intensidad emo-

tiva y de poesía, y de ese hombre, de quien pueden citarse pasajes maravillosos, no puede decirse que sea un gran poeta.

Otras veces es la desproporción entre el concepto poético primordial y el modo de desarrollarlo. Y á este propósito recuerdo haber leído un cierto soneto, del nombre de cuyo autor me he olvidado, en que la idea poética era maravillosa y la ejecución lamentable. Tratábase de la redención del mundo por la crucifixión de Lucifer, ó de Satanás, por la pasión y muerte del Espíritu del mal, pero esta idea demoniacamente grande, de una magnificencia luciferina estaba pobrísimamente desarrollada.

Esta falta de proporción entre el esfuerzo y el resultado, entre la concepción y la ejecución, entre el fondo y la forma, todo es una de las características de esa literatura icariana. Parece que andan ustedes cambiando de continuo de norte, sin acabar nunca de orientarse. Les falta una sólida educación clásica en el sentido más amplio y más profundo del clasicismo. ¿No estará esto relacionado también con la escasez y pobreza de ciertas inquietudes fundamentales del espíritu humano? El clasicismo y la religión—no digo la religión tal ó cual—tienen raíces comunes. Más de esto, hablaremos otro día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNAMUNO  
"ALFONSO MEYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



EN DEFENSA

DE LA HARAGANERÍA

**E**N mi última estancia en Portugal á las horas de mayor calor del día, cuando la indolencia me ganaba el cuerpo y el alma, me entretenía en leer lentamente á lord Byron, echado yo encima de la cama. De cuando en cuando dejaba el libro para... ¿pensar? ¡no! para fantasear nubes.

A ratos me decidía á asomarme al balcón para contemplar un momento el mar indolentemente tendido en la playa. Y el canturreo del océano, mezclado á los ecos de lord Byron, que tanto le quiso, me ayudaba á seguir fantaseando cosas sin contorno ni sustancia. Era en mi espíritu una situación poética, esto es, creadora, la que engendra la indolencia. Porque el poeta es ante todo un haragán, un indolente, y lo digo en loor del poeta.

¿Es que voy á hacer el elogio de la haraganería, yo que paso por ser un hombre trabajador y activo? Sí, voy á hacer, en parte, al me-

nos, elogio de la haraganería: voy á deciros que el haragán es uno de los hombres más activos.

En la escena primera del acto segundo de «Sardanápalo» hace decir á Beleses lord Byron esto: «la indolencia («sloth») es la más caprichosa de las cosas todas, y recorre más leguas en sus intentos que los generales en sus marchas cuando tratan de burlar al enemigo.»

¿Qué no se le ocurre en efecto al indolente para matar el tiempo? ¿Qué no se le ocurre á uno para cambiar de postura?

Hay quien ha dicho que nada es tan inspirador como la cárcel, y que en ella, en la cárcel, se han escrito algunas de las obras más intensas, entre ellas el «Quijote». Y la indolencia, ¿no es acaso una cárcel en que se encuentra presa el alma?

Hay actividades que engañan mucho y que en el fondo no son sino una forma de indolencia, de pereza. Sucede con esto como con la manía de viajar, y es que proviene más que de amor á los lugares, de «topofilia» ó «filotopia», de odio á ellos, de «topofobia». Muchos de los que dan en viajar mucho, lo hacen huyendo de cada lugar; es que no pueden parar en ninguno. No es que les atraiga el punto á donde van, es que les repele aquel de donde salen.

Fijaos en la erudición y decidme si en muchos casos no es sino una forma de pereza men-

tal, de haraganería, un modo de «distracer» el espíritu de cuidados y preocupaciones inquietadores. Hace unos años estuve dedicado unos meses á un trabajo de lingüística que me exigía emplear tres ó cuatro horas al día en rebuscar voces en antiguos documentos de los principios de nuestro romance castellano y los fines del latín vulgar.

Me leí buena porción de fueros, privilegios, escrituras, etc., sin enterarme de su contenido. Llegué á adquirir tal destreza en la pesca ó caza — más bien pesca — de vocablos, que lo hacía casi dormido. Y dormido se pueden acumular citas.

Pero hay formas de intensísima actividad que pueden ejercerse en la más aparente haraganería.

Después de todo, la civilización se debe á los vagos, á los desocupados. La civilización empezó cuando sujetando un hombre á otro á la esclavitud le obligó á trabajar para los dos, y libre él de tener que esforzarse por su parte para ganar el pan, pudo mirar á las estrellas y preguntarse:

¿Por qué darán así vueltas? ¿Por qué saldrán ahora por aquí y mañana por allá?

Dice un amigo mío que si los hombres trabajadores sienten tanta aversión hacia los vagos, es porque éstos les fiscalizan, porque se quedan

á ver como trabajan y si trabajan. «Ve usted ese confitero — me decía — pues bien, el tal confitero contra nadie siente peor voluntad que contra aquel paseante, aquel vago, que por matar el tiempo se detiene todos los días un rato ante el escaparate de su confitería. Porque los demás pasan de largo ante él ó sólo le lanzan una ojeada, que es lo que el confitero desea, pero este, el vago, se estaciona delante y dice á otro que se acerque: ¿ve usted esos pasteles? pues hace ya ocho días que están los mismos; señal de que vende poco, y buenos estarán para quien se los encaje...»

En mi pueblo, en Bilbao, hay un cierto culto á la actividad, al trabajo, y, sin embargo, hay muchos vagos—como es natural que los haya en pueblo tan trabajador—pero esos vagos, para hacer creer que trabajan, van siempre muy de prisa por la calle. Cuando veáis uno que va por la calle á todo vapor, atropellando á aquellos con quienes cruza, podéis asegurar que es un vago. Quiere hacer creer que está muy atareado.

Dije que es natural haya muchos vagos en pueblo muy trabajador, y como esto puede parecer paradoja á los mentecatos, voy á explicarlo. (No sin hacer constar antes, una vez más, entre paréntesis, que es, en efecto, á los mentecatos á los que no les cae nunca de la boca el mote ese de parodoja.)

En pueblo donde se trabaja mucho suele estar el trabajo mal repartido y en donde hay más que trabajan mucho para que otros huelguen. Suponed un pueblo en que haya mil hombres aptos para el trabajo y en edad de ello y que todos trabajen unas cuatro horas al día por término medio; rendirán cuatro mil horas de trabajo al día. Y en ese pueblo se trabajará menos que en otros que teniendo igual población útil para el trabajo, de mil hombres, rinde el doble que aquél, ó sea ocho mil horas de trabajo diarias, pues se trabajará la mitad. Pero estas ocho mil horas las rinden ochocientos hombres á diez horas cada uno, y los doscientos restantes huelgan.

Me parece haber observado, en efecto, que en los pueblos menos trabajadores, es decir más pobres—no más pobres por menos trabajadores sino por más pobres—hay más gente que trabaja aunque en conjunto trabajen menos, mientras que en los pueblos más laboriosos la mayor labor la llevan entre unos cuantos y los demás se aprovechan de ella.

Y así resulta que si en esos pueblos laboriosos surgen ciertas formas elevadas de cultura, en arte, en ciencia, en letras, no es precisamente porque sean más laboriosos, sino porque en ellos hay más desocupados, más vagos. Un cierto número de vagos es necesario para el desa-

rollo de una elevada cultura. Los zánganos son la aristocracia de la colmena. Y en los hormigueros son las hormigas neutras, las eternas tías, las que trabajan; las otras, las sexuadas, tienen alas y no trabajan.

Es decir, como trabajar si trabajan, porque ellas perpetúan el hormiguero.

El trabajo es una cosa muy santa y muy buena, pero... Pero una vez se lamentaba amargamente delante mí un padre de lo que sus hijos habían salido. «Después de mis sacrificios por ellos...» decía. Y sus sacrificios habían consistido en amasar una fortuna desatendiendo á sus propios hijos. Se pasaba en el escritorio horas que debió haber pasado con ellos. Creía que su obligación paterna se cifraba en dejar una fortuna á sus hijos. Es decir, ni aún creía eso, porque si empleaba su tiempo en fraguar una fortuna es porque no sabía en qué emplearlo de otro modo; el trabajo era una distracción para él.

Y es que muchos censuran á los que no se proponen un fin en la vida y ellos á su vez tampoco se proponen fin alguno, sino que trabajan por trabajar, por no aburrirse. En cierta ocasión, en un corrillo de que formaba yo parte, se censuraba á un cierto sujeto y uno de los circunstantes hubo de salir en su defensa diciendo: «lo que no puede negarse, después de todo, es que es un hombre muy laborioso; siempre está estu-

diando...» Y replicó otro al punto: «Claro, no tiene otra cosa que hacer...» Y hay un fondo de verdad en esto.

Siempre me ha indignado, como á muchos otros, la famosa fábula de la cigarra y la hormiga. El egoísmo y la inhumanidad de ésta son bien manifiestos. Porque el caso es, y yo lo tengo bien averiguado, que mientras trabajaba se estaba recreando con el canto de aquélla.

Yo no sé quién ha dicho que las más grandes proezas de valor son hijas del miedo, y si no lo ha dicho nadie antes, lo digo yo ahora, y es lo mismo. Y de la misma manera cabe decir que los más fecundos esfuerzos del espíritu humano son hijos de la pereza, de la haraganería. El hombre trabaja para evitarse trabajo, trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos á que el hombre se somete por no trabajar.

Y después de todo, ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar?

.....  
El lector puede seguir por su cuenta haciendo toda clase de variaciones sobre este tema una vez puesto á tono. Yo no he pretendido más que sugerirle una línea de reflexiones que creo utilísimas en países que se convierten en colmenas y los hombres en abejas, que no van sino á almacenar oro zumbando sobre las flores que lo producen. En países tales, más tarde ó más tem-

prano aparece el zángano, como aparece la cigarra junto á los hormigueros, y se propende á despreciarlo injustamente.

El zángano es toda clase de aventurero, toda especie de vagabundo corporal ó espiritual: el atorrante, el filósofo, el poeta, el inventor y el político. Sobre todo el político. Y á ellos, no os quepa duda, á los atorrantes, á los filósofos, á los poetas, á los inventores, á los políticos—sobre todo á los políticos—se debe la civilización. Más que á los llamados trabajadores ó laboriosos por excelencia.

La civilización procede más de las maneras de consumir y de sus cambios, que no de las maneras de producir y de los suyos. Para que un pueblo se civilice y crezca en cultura, importa más que aprenda á consumir que no á producir. Tengo yo un amigo cultísimo, de refinados gustos, delicado y sutil, que se pasa la vida viajando, leyendo, oyendo música, visitando museos, etcétera, y cuando alguien al echarle en cara su aparente inutilidad productiva le increpa diciéndole: «Y usted ¿qué produce?» contesta imperturbable: ¿Yo? Yo no produzco, consumo.» Y cuando le preguntan si no escribe contesta: «No, yo no escribo, yo admiro á los que escriben bien; mi oficio es el de admirador, ó si se quiere, de lector». Y este hombre ha puesto en actividad á otros y ha orientado á más de uno. Sus

conversaciones son un encanto y un excitante. Yo, por lo menos, le debo mucho.

¿Qué era Sócrates más que un haragán? No hay memoria ni de una sola obra de escultura que haya dejado, siendo como era escultor. Y si no escribió nada, tengo para mí que fué por haraganería, por no tomarse la molestia de cojer el cálamo. El tiempo que podía haber empleado en escribir le empleaba en callejear á la busca de algún jovencito con quien charlar de todo lo divino y lo humano. Si viviera en nuestros días, lo veríais siempre en algún café de cháchara con otros haraganes como él. Y ¡cuántos Sócrates no se mueren sin que sepamos de su enorme labor por falta de un Platón ó un Jenofonte que nos la conserve por escrito!

Un escritor que ha hecho dinero con piecitas de género chico, rosarios de chistes más ó menos chistosos, decía una vez que un pobre bohemio que murió en la miseria: «era un haragán,» y los más de los chistes que le dieron á aquél su fama y su dinero, se los había oído á éste, al pródigo, al haragán. Como esto hay mucho.

En todas partes, pero sobre todo donde la fiebre del negocio hace estragos, hay que aprender á respetar á los haraganes. Lo son para que otros puedan darse el gusto de trabajar.